

BRUNO. Pues bien: tú te vienes conmigo.

ROQUE. ¡Contigo! ¿Adónde?

BRUNO. Me marchó..., sí..., me marchó..., ¡contigo solo! ¡Esta noche nos vamos! A soltar este yugo..., á dejar esta sociedad que no quiere recibirme..., que me escarnece..., ¡que me escupe á la cara! (Aparece doña Inés á la puerta de la izquierda.) Por lo tocante á Inés..., no faltaré al juramento que la hice..., no la obligaré á una vida que no es de su gusto... ¡Que viva dichosa separada de mí, ya que estando juntos no podemos ser felices! Yo la dejo esta casa..., y las tres cuartas partes de mi hacienda..., ¡y me separo de ella para siempre! ¡Sí, porque no quiero verla avergonzarse de mí! (Doña Inés quiere llegar. Roque con una seña la detiene.)

ROQUE. ¡Bruno! ¿Qué estás diciendo?... ¡Separarte de tu mujer!..

BRUNO. ¡No hay remedio! ¡Esta noche! Yo no sufro ni un día más la burla y el escarnio de esta sociedad. ¡Ay, Roque!..., yo adoro á mi mujer..., daría mi vida por mi Inés..., pero ya no puedo elevarme hasta ella...

### ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA INÉS

INÉS. ¡Ella bajará hasta ti!

BRUNO. ¡Inés!

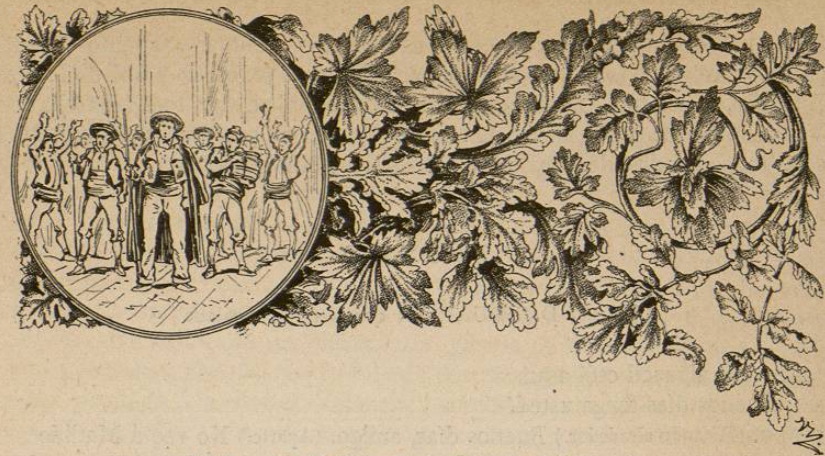
INÉS. Sí, mi querido Bruno: tu corazón merece que yo deje por él la corte y la sociedad... Y sobre todo, merece... (Con ternura.) ¡que no te vuelvas á exponer por mi causa á otro peligro! Esta noche marcharemos...

BRUNO. ¡No, Inés!

INÉS. ¡Sí, marcharemos á Alcalá... Allí está mi padre..., allí viviremos felices los tres. (Abriéndole los brazos.)

BRUNO. (Abrazándola.) ¡Ah! (Alargando la mano con extremo gozo á Roque.) ¡Los cuatro!

INÉS. (Dando la mano á Roque, que llora de alegría.) ¡Sí..., los cuatro!



## EL TIO TARARIRA

COMEDIA EN UN ACTO, ARREGLADA AL ESPAÑOL

### PERSONAS

D. RAIMUNDO, viejo de 102 años. — D. AMBROSIO, alcalde. — D. EDUARDO, capitán de caballería. — LUCAS PERLERÍN, alguacil. — DOÑA BALTASARA, hermana de D. Ambrosio. — MATILDE, pupila de D. Ambrosio. — VECINOS DEL PUEBLO.

(La acción pasa en este año de 1848, en un pueblo del reino de Valencia)

### ACTO ÚNICO

El teatro representa una galería que ocupa hasta el segundo bastidor, y allí termina sostenida en dos pilares, dejando ver un jardín con cerca y puerta de entrada en el foro. En la galería hay una puerta á la izquierda y otra á la derecha: mesa de despacho á la izquierda: velador á la derecha, sofá y sillas.

### ESCENA PRIMERA

LUCAS, solo

(Está en mangas de camisa: ha dejado la chaqueta colgada de una puerta, y tiene entre manos una escoba, un plumero y una rodilla, de cuyos instrumentos usa alternativamente para barrer la galería, limpiar las sillas y quitar el polvo á todo.)

Pregunto yo: si alguno me viera así..., con el plumero en una mano y la escoba en la otra..., barre que barre y frota que frota..., ¿reconocería en mí á todo un alguacil del ayuntamiento constitucional de esta villa, cabeza de partido de la provincia de Valencia? Yo quisiera saber si un funcionario público, como soy yo, tiene obligación de barrer la casa del alcalde, de limpiar el polvo á los trastos, de regar el jardín... y hasta de servir á la mesa, como quiere doña Baltasara, su hermana, dando por razón que el alcalde debe tener siempre á mano la

fuerza pública. ¡Ya se ve, como no tengo á quien reclamar... aguanto! (Sigue limpiando.) ¡Hola!.. (Viendo al capitán que entra en el jardín por el foro.) Ahí está ya don Eduardo, el capitán... Ha tomado por paseo el venirse aquí todos los días desde Valencia, donde está con su regimiento. Aunque no son muchas leguas, ¡andárselas todos los días de Dios!.. ¡Su busilis tiene el negocio!

## ESCENA II

LUCAS, D. EDUARDO, que entra en la galería

EDUARDO. El alguacil está aquí.

LUCAS. Buenos días tenga usted.

EDUARDO. (Mirando alrededor.) Buenos días, amigo. (Aparte.) No veo á Matilde.

LUCAS. (Con malicia.) ¿Buscaba usted á alguien?

EDUARDO. Sí; á D. Ambrosio.

LUCAS. ¿Al señor alcalde?.. ¡Mire usted que es desgracia! ¡Siempre viene usted cuando él no está!.. Ni tampoco doña Baltasara..., y esa sí que lo va á sentir, porque le tiene á usted mucho afecto doña Baltasara.

EDUARDO. Es una señora muy amable.

LUCAS. ¡Pues ya!.. Lo que es amable... Pero vamos, es muy buena cristiana y muy...

EDUARDO. Esperaré; D. Ambrosio no puede tardar.

LUCAS. ¡Quién sabe! Se fué al ayuntamiento. Andan ahora muy apurados por esos papeles que se quemaron... allá, cuando vinieron los franceses á quitar la Constitución...

EDUARDO. Sí, el año 23: los registros de la parroquia.

LUCAS. Eso es. ¡Vaya una barbaridad que fué aquella! Como que nadie puede acreditar que se ha muerto, ni que ha nacido... Por aquel año nací yo; pues si ahora quisieran decirme que no había nacido..., nada, no podría hacerlo constar; no hay partida de bautismo. Y como éste hay un sin fin de embrollos en el pueblo. ¡Pues digo, y un arrozal muy hermoso que me tocaba á mí heredarlo... y tampoco puedo! ¡Pero al fin y al cabo vendrá á parar á mí!

EDUARDO. ¡Hola!

LUCAS. Sí, señor. Porque como no tiene dueño, el ayuntamiento ha dispuesto que se adjudique al vecino más viejo que haya en el pueblo.

EDUARDO. Sí, ya he oído...

LUCAS. Pues bien: el más viejo es mi tío Serapio, que tiene 84 años..., y como yo vivo con él...

EDUARDO. ¡Ya! ¿Y cómo es que hoy no vas á rondar por el pueblo?

LUCAS. ¡Vaya! Sí, señor; ahora voy. Tengo encargo de perseguir á los vagos y prenderlos. (Se pone la chaqueta y se limpia el polvo. - Aparte.) ¡Cómo anda mirando! A mí no se me escapa nada. Quiere ver á la señorita doña Matilde..., pues, á la marquesita. ¡Anda muy enamorado de ella! ¡Ya sé yo lo que es eso! ¡Lo mismo me pasa á mí con Gregoria!

EDUARDO. (Aparte.) ¡No parece! - Dime, Lucas, ¿no me has dicho que doña Baltasara ha salido?

LUCAS. ¿La quería usted ver?

EDUARDO. Si estuviera ahí Matilde..., lo mismo era.

LUCAS. También ha salido.

EDUARDO. ¡Ah!..

LUCAS. Han ido á ver á las hijas del señor barón de la Encina..., un antiguo amigo del señor marqués..., porque el padre de doña Matilde era marqués, y ella, que es hija única...

EDUARDO. Ya lo sé; mi hermana se ha educado en el mismo colegio que la marquesita.

LUCAS. ¡Y vea usted..., vea usted las revoluciones!.. El marqués, que era dueño de casi todo lo que hay por estos alrededores..., ¡y ahora su hija no tiene un palmo de tierra!

EDUARDO. El marqués, comprometido por sus ideas liberales, tuvo que emigrar el año 23...; vendió todos sus bienes para que no se los confiscaran, y cuando el año 34 volvía á España, con su hija de dos años, que perdió á su madre al darla á luz, naufragó á la vista de Valencia y pereció ahogado.

LUCAS. ¡Pobre señor! A la niña la salvó un marinero, y se hubiera muerto de hambre si D. Ambrosio no la hubiera recogido y criado.

EDUARDO. Dime: y este D. Ambrosio, ¿no había sido administrador de los bienes del marqués?

LUCAS. Sí, señor. Pues si éste fué el que le compró los bienes al marqués cuando emigró. Y ha de saber usted que por el pueblo se susurraba que..., ¡vamos, calumnias!..., porque D. Ambrosio, aunque se ha hecho rico de ese modo..., es un señor..., vaya..., muy cristiano. ¡Y qué sabio es!.. ¡Dicen que es un santiguario muy hábil!

EDUARDO. Anticuario.

LUCAS. Eso. - Y lo que es la señorita Matilde, la cría como á una hija.

EDUARDO. Y dime, ¿no ha pensado nunca en casarla?

LUCAS. Nada se ha dicho de eso. Y no la estaría mal..., porque doña Baltasara, la hermana de D. Ambrosio, la tiene una envidia..., y la anda siempre mortificando...

EDUARDO. ¿De veras?

LUCAS. ¡Vaya! ¡Algunas veces me da un coraje! ¡Pero como es hermana del señor alcalde!.. ¡Qué ha de hacer uno!

EDUARDO. ¿Oyes?

LUCAS. Parece que regañan. Será ella. (Entran en el jardín doña Baltasara y Matilde.)

EDUARDO. La misma. Y Matilde también.

## ESCENA III

DICHOS, DOÑA BALTASARA y MATILDE

BALTASARA. Lo dicho, dicho. No vuelves á poner los pies en casa de las niñas del barón. ¡Mal criadas! ¡Apenas me han dirigido la palabra!

MATILDE. Pero si...

BALTASARA. ¡Digo que no vuelves allá! Bien puedes hacer este sacrificio... en cambio de los muchos que hemos hecho por ti.

MATILDE. Bien, no volveré.

EDUARDO (Aparte.) ¡Infeliz!

BALTASARA (Mudando de tono.) ¡Oh, lo que está por aquí!.. ¡Eduardito!..

MATILDE (Aparte.) ¡Eduardo!

EDUARDO. No quería interrumpir á ustedes.

BALTASARA (Con dengues.) ¡Picarillo!.. ¡Sorprender así las conversaciones de dos jóvenes..., de dos hermanas!.. Porque á Matilde la miro como hermana... (Acariaciándola.) Lo somos por el cariño... (Matilde se sienta junto al velador y se pone á hacer labor.)

LUCAS. ¡Eso es verdad! ¡Se quieren mucho!.. ¡Como que en el pueblo ha habido gentes que han creído que doña Baltasara era madre de doña Matilde!

BALTASARA. (Colérica.) ¡Calle usted!

LUCAS. ¡Toma! Y bien podría ser...

BALTASARA. ¡Eres un animal!

LUCAS. ¡Vaya!.. Pues yo ¿qué he dicho, que?..

BALTASARA. ¡Calle usted!

LUCAS. Bien está. (Aparte.) ¡Por todo se enfada!

BALTASARA. Es mucho flujo de meterse en las conversaciones... Yo le diré á mi hermano que te dé una reprimenda!

LUCAS. (Aparte.) Lo mejor será huir el cuerpo. (Yéndose.) ¡Vaya un genio!.. (Se va.)

#### ESCENA IV

DICHOS, menos LUCAS

BALTASARA. ¿Usted vendría á ver á mi hermano?

EDUARDO. Sí; quería preguntarle si había él tenido carta de mi tío el general.

BALTASARA. No sé; en la última que recibió, le decía el general que ya había hecho el empeño con el ministro para la gran cruz de Carlos III, que mi hermano desea tanto. ¡Esto se debe á la recomendación de usted!.. ¡Pero crea usted que mi hermano la merece!.. ¡Oh! ¡Se desvive por el bien del pueblo! Y ya vió usted en las elecciones... Pero qué, ¿no le escribe á usted su tío?

EDUARDO. Está un poco picado conmigo.

BALTASARA. ¿Por qué?

EDUARDO. Me ha enviado una licencia para ir á Madrid..., tenía empeño en ello..., y como yo no voy...

BALTASARA. ¡Es posible! Pues Matilde recibió ayer carta de su hermana de usted, y nada le dice.

MATILDE. ¡Perdone usted! Eugenia me dice que el general está sumamente enfadado con su sobrino.

BALTASARA. ¿Y por qué tiene ese empeño en que se vaya usted?

EDUARDO. ¡Qué sé yo!.. Proyectos que trae mi tío entre manos...

MATILDE. (Con intención.) Y en los cuales insiste más que nunca.

EDUARDO. ¡Cómo!.. ¿Usted sabe?..

MATILDE. Eugenia me lo ha escrito todo.

BALTASARA. ¡Hola, hola!.. ¿Se trata quizá de lazos conyugales?

MATILDE. Muy ventajosos para Eduardo... y en los cuales había ya consentido.

EDUARDO. (Con prontitud.) Estaba entonces libre mi corazón... Pero ahora...

BALTASARA. (Con intención.) Vamos..., ¿pero ahora... qué? (Vuelve la cara, ve que Matilde está mirando á Eduardo y que se le cae el ovillo al suelo, y la dice con aspereza.) ¡Mira ese ovillo, que se te cae al suelo! (A Eduardo, con ternura.) ¡Vamos..., continúe usted!

EDUARDO. Ahora... he hecho otra elección.

BALTASARA. (Con ternura.) ¡Ah!.. ¿Y esa elección es la que le sujeta á usted aquí?

EDUARDO. ¡Sí, señora!.. Y sin embargo, todavía ignoro si soy correspondido... No he merecido aún ni una palabra..., ni una mirada!

BALTASARA. (Mirándole con dulzura.) ¡Ni una mirada!.. (Volviéndose á Matilde, y creyendo que mira por observarlos.) Atiende á tu labor..., la vas á echar á perder. (Volviendo á mirar á Eduardo.) ¡Ay!..

EDUARDO. En fin, estoy decidido á no marchar hasta saber cuál es mi suerte. Si no hallo ocasión de hablar..., me valdré de otros medios...

MATILDE. (Aparte.) ¡Dios mío!

BALTASARA. ¡Ay, Eduardo!

AMBROSIO. (Dentro.) ¡Bien está, bien está!

EDUARDO. Viene gente..., yo me retiro.

BALTASARA. Es mi hermano.

EDUARDO. (Aparte.) Quiero salir de dudas al momento.

BALTASARA. ¿No quería usted hablarle?

EDUARDO. Ahora tengo que hacer..., le veré luego. (Saluda y se va.)

BALTASARA. (Aparte.) Pretexto para volver cuando yo esté sola.

#### ESCENA V

DOÑA BALTASARA, MATILDE, D. AMBROSIO

AMBROSIO. (Hablando á la puerta del foro con varios vecinos, que se retiran.) Pero hombres, no seáis pesados! ¡No digo que faltan papeles, y eso no se puede hacer constar! (Entrando.) ¡Siempre reclamaciones, y dale..., por esos malditos registros que se quemaron! (A Baltasara.) ¡Hola, te venía buscando!

BALTASARA. ¿Vienes del ayuntamiento?

AMBROSIO. Sí, he triunfado; me he llevado todos los votos. El camino vecinal pasará por junto á mi hacienda de Alfolá.

BALTASARA. ¡Lo cual la hace valer un doble!

MATILDE. ¿De veras?

AMBROSIO. ¡Yo no he mirado sino los intereses comunales! Antes de votar les ofrecí regalar á la villa este retrato... (Saca una caja de rapé.)

BALTASARA. ¿De quién?

AMBROSIO. ¡Oh! ¡Esta es una antigüedad preciosa! ¡El retrato del Cid Campeador, conquistador de Valencia!.. ¡Mira!.. ¡Hecho por los moros!.. ¡Se conoce el estilo de aquellos bárbaros en el modo de estar pintado!..

MATILDE. ¡A ver!.. ¡Jesús, qué cara!

BALTASARA. ¿Esto es lo que te trajo ayer el moro de los dátiles, á quien sueles comprarle estas cosas?

AMBROSIO. Sí. Esta caja pertenecía al dey de Argel., llevada de España, cuando la expulsión de los moriscos... Al tomar los franceses á Argel..., en el saqueo del palacio del dey se halló esta preciosidad..., con otras varias, que me irá trayendo el moro. ¡Vosotras no le dáis valor á esto!.. ¡Las mujeres no entienden de antigüedades! — Otra noticia tengo que darte.

BALTASARA. ¿Cuál es?

AMBROSIO. Mi hijo viene.  
 BALTASARA. ¿De veras?  
 MATILDE. ¿Vicentito?  
 AMBROSIO. Sí.  
 BALTASARA. ¿Y cuándo?  
 AMBROSIO. Dentro de pocos días.  
 BALTASARA. ¡Cuánto me alegro! ¿Y por mucho tiempo?  
 AMBROSIO. Probablemente para no volverse á marchar.  
 BALTASARA. ¿Cómo es eso?  
 AMBROSIO. Tengo el proyecto de casarlo.  
 BALTASARA. ¿A mi sobrino?  
 AMBROSIO. Sí. ¿No adivinas con quién?  
 BALTASARA. ¡No!  
 AMBROSIO. (A Matilde.) ¿Ni tú?  
 MATILDE. ¡Tampoco!  
 AMBROSIO. Pues Vicente tiene más penetración que vosotras. Al momento lo ha adivinado. — Mira lo que me responde. (Da una carta á Matilde.)  
 BALTASARA. (Mirando á Matilde, y llevándose aparte á Ambrosio.) ¡Calla! ¿Será tal vez?..  
 AMBROSIO. Sí. Casándolo con ella, toma el título de marqués, le dan una plaza de oficial de secretaría..., y á mí la cruz que solicito.  
 BALTASARA. ¿De veras?  
 MATILDE. (Después de leer.) ¡Cielos!  
 AMBROSIO. (A Matilde.) ¿Lo vas entendiendo?  
 MATILDE. (Cortada.) Sí...; pero... no acierto á explicar...  
 BALTASARA. ¡Ya lo creo! Otro en nuestro lugar hubiera buscado para Vicente una novia rica.  
 MATILDE. (Con prontitud.) ¡Es verdad!.. Y por esa razón, no debo yo permitir que hagan ustedes ese nuevo sacrificio por mí.  
 AMBROSIO. ¡Qué sacrificio!.. ¡Aquí no hay sacrificio! ¡Qué importan las riquezas!.. En un matrimonio lo que hay que consultar es el corazón.  
 MATILDE. Pues siendo así, con más razón debo rehusarlo.  
 AMBROSIO. ¿Cómo es eso?  
 BALTASARA. ¡Despreciar á mi sobrino! ¡Será porque no es marqués!  
 MATILDE. ¡Puede usted creer!..  
 AMBROSIO. ¡Calla, hermana!  
 BALTASARA. (Colérica.) ¡No quiero! ¡Somos muy condescendientes con esta niña! Pues, señora mía, es preciso que usted se case..., y que se vaya á vivir con su marido. Aquí estamos dos solteras juntas, que nos hacemos mala obra la una á la otra.  
 AMBROSIO. ¡Vamos, vamos!.. ¡Déjala! — Matilde lo pensará; tiene bastante talento para conocer que en un matrimonio lo que hay que consultar no es el corazón... sino la conveniencia.  
 MATILDE. ¡Pues antes decía usted lo contrario!..  
 AMBROSIO. Anda, anda á pensarlo..., y luego hablaremos.  
 BALTASARA. No hay que pensarlo... ¡Se casará!  
 MATILDE. (Aparte.) ¡Ah! ¡No quisiera ser ingrata!.. ¡Pero Dios mío..., he de sacrificarme así! (Se va por la izquierda.)  
 BALTASARA. ¡Hacer ascos á un novio!.. ¡Ah! ¡Si yo me viera en ello! (Se va por la derecha.)

## ESCENA VI

D. AMBROSIO

¡Todo lo echa á perder mi hermana con ese genio! Yo hablaré á Matilde cuando estemos solos, y obedecerá. No hay remedio: es preciso que se case: emparentando con ella somos marqueses..., me darán la cruz..., mi hijo brillará en la corte... Sí, sí: voy á escribírselo al general como cosa hecha. (Oye ruido fuera.) ¿Qué ruido es ese? ¡Ya vendrán con memoriales!.. No estoy ahora para pensar en los negocios públicos. (Se sienta á escribir.)

## ESCENA VII

D. AMBROSIO, escribiendo. LUCAS y D. RAIMUNDO en el jardín

(Lucas trae del brazo á D. Raimundo: éste se le suelta, y viene con pasos vivos hacia la galería.)

RAIMUNDO. ¿Piensas que me he de estar esperando aquí todo el día? Estás fresco.  
 LUCAS. ¡No se me escape usted!.. ¡Vaya!.., que no se me escape usted!  
 RAIMUNDO. ¡Déjame en paz! Yo no necesito que me agarren para andar. No soy ningún niño.  
 LUCAS. ¿Pero dónde va usted? (Viendo que quiere entrarse por una de las puertas de la galería.) ¡Aguárdese usted aquí!.. ¡Chist! Ahí está el señor alcalde. (A D. Ambrosio.) ¡Señor alcalde!..  
 AMBROSIO. (Escribiendo.) Luego me dirás: aguarda.  
 LUCAS. Tiene usted que aguardar. (A D. Raimundo.)  
 RAIMUNDO. Sí: en cuanto ha dicho *aguarda*, lo he comprendido.  
 LUCAS. ¡Adiós!.. ¡Ya está todo por medio! ¡Si lo viera doña Baltasara!..  
 (Se pone á limpiar las sillas y á colocarlas, de manera que así que D. Raimundo va á coger una para sentarse, Lucas la toma y la limpia.)  
 RAIMUNDO. Pues señor, esperaremos..., pero esperaremos sentado. El tal señor alcalde ni me ha mirado... ¡Toma! ¡Los funcionarios públicos son todos así!.. ¡El público es lo último que llama su atención! Así hacen creer que tienen muchos negocios entre manos. Lo mismo hacía yo en mis tiempos..., cuando era escribiente de D. Roque Samperet, el fiel de fechos. (A Lucas.) ¡Hombre!, ¿me haces el favor de dejarme una silla?.. ¡Creo que estos muebles son para sentarse!  
 LUCAS. No, señor: doña Baltasara dice que son para adornar la casa.  
 RAIMUNDO. Chico, tú eres tonto.  
 LUCAS. ¡Yo soy alguacil!  
 AMBROSIO. ¡Silencio! Vamos á ver: ¿qué hombre es ese?  
 LUCAS. Señor alcalde, es un vago. Le he encontrado á la entrada del pueblo sentado en la hierba..., en el sembrado de Juan Cornejo.  
 AMBROSIO. (Escribiendo.) ¿Y qué?  
 LUCAS. (A D. Raimundo.) Vamos, responda usted al señor alcalde. ¿Por qué estaba usted fuera del pueblo y sentado en la hierba?

- RAIMUNDO. Estaba fuera del pueblo, porque todavía no había entrado en él; y estaba sentado en la hierba, porque en el campo no hay sillas..., ¡tonto!
- LUCAS. ¡No me ponga usted motes!
- AMBROSIO. (Escribiendo.) ¡Vamos!
- LUCAS. Le pregunté cuál era su domicilio, y me respondió que venía á buscarlo.
- AMBROSIO. ¿No sabe usted que la ley manda que cada uno tenga su domicilio?
- RAIMUNDO. Sí; pero la ley no se le da al que no le tiene.
- LUCAS. Esa no es respuesta.
- RAIMUNDO. Pues busca otra mejor..., ¡tonto!
- LUCAS. ¡Que no me ponga usted motes!
- RAIMUNDO. (Mirándolo.) ¡Es cosa particular! A este chico le venía bien lo que se decía en mi tiempo: «es tonto como un Perlerín.»
- LUCAS. ¡Calla!.. ¿Cómo sabe usted mi nombre?
- RAIMUNDO. ¡Oiga! ¿Eres tú hijo de Santiago Perlerín?
- LUCAS. ¿Santiago Perlerín?.. Ese era mi abuelo.
- RAIMUNDO. ¿Tu abuelo?.. Es decir, que se perpetúan los tontos en la familia. — ¡Hombre, conque eres nieto de Santiago Perlerín!.. ¡Qué feo eral!.. No, y tú te das mucho aire!.. (Riendo y dándole en el carrillo.) ¡Eh, eh, eh!
- LUCAS. (Riendo.) ¡Eh, eh, eh!.. ¡Qué gusto..., que ha conocido á mi abuelo!.. ¡Eh, eh, eh! ¡Ahora me alegro de haberle á usted preso!.. Tome usted asiento. (Le da una silla.)
- AMBROSIO. (Levantándose después de cerrar la carta.) Esto ya está despachado. — Conque, vamos á ver, buen hombre, ¿qué es lo que usted quiere? ¿Cuál es su nombre de usted?
- RAIMUNDO. (Levantándose.) ¿Mi nombre?.. Tengo varios... Lo más común es llamarme el Tío Tararira.
- AMBROSIO. ¿Qué?
- LUCAS. ¿Tararira?
- RAIMUNDO. Sí: es un mote que me pusieron por la maña que tengo de decir siempre... ¡tararira!.. ¡Eh, eh, eh!.. ¡Yo siempre de broma!.. No me enfado nunca... Tomo el tiempo como viene, los hombres como son, y... ¡tararira!
- LUCAS. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!.., ¡es chusco!.., ¡es chusco el viejo!
- AMBROSIO. ¿Pero tendrá usted otro nombre?
- RAIMUNDO. Sí: me llamo Raimundo Lamprea.
- AMBROSIO. (Recordando.) ¡Lamprea!.. Yo recuerdo haber oído ese apellido... ¡Lamprea!..
- RAIMUNDO. ¡Yo lo creo! Pues si somos conocidos antiguos... ¡Le he visto yo á usted así... chiquitito!
- AMBROSIO. ¡A mí!
- RAIMUNDO. Sí. Y luego... administrador del marqués de Alfolá. Si yo soy natural de ese pueblo..., y todos mis antepasados de padres en hijos... hasta el año 23..., cuando los franceses..., que tuve que escapar porque fui miliciano... y andaba la paliza que cantaba el credo!
- AMBROSIO. ¡Hola! ¡Conque es usted del pueblo!.. ¡Súbdito mío! — A ver, Lucas, arrímale una silla. (D. Raimundo se sienta.) ¿Tendrá usted aquí familia?.. ¿Tendrá usted casa?
- RAIMUNDO. Ni lo uno ni lo otro. Las jaranas políticas me han arruinado.
- AMBROSIO. ¿Cómo es eso?

- RAIMUNDO. Sí, señor. Mi padre tenía su dinero puesto en los gremios; pero los gremios, en tiempo del Sr. Carlos III, se metieron á hacer negocios con el gobierno, y ¡tararira!.. se hundieron. Luego, se crearon los vales reales...
- AMBROSIO. ¡Papel que valía el 110 y 120!..
- RAIMUNDO. ¡Sí, lo valía entonces! Todo el mundo se arrojó á dar su dinero en cambio de vales reales... Mi padre empleó en ellos lo poco que le quedaba. Pero vino el Sr. Carlos IV y la guerra del año 94..., ¡y tararira! ¡se llevó el demonio los vales reales! Entonces recogimos las caspicias del caudal, y las pusimos en una casa de comercio de Francia..., viendo que aquí en España no teníamos buena mano para la elección. — Pues señor, ha venido ahora la república..., la casa de comercio ha quebrado... ¡y tararira! Esta ha sido peor que la de los gremios y la de los vales reales. Está visto que á mi dinero no hay forma de gobierno que le sea favorable. Con este último lance me he quedado desembarazado de negocios..., libre de cuidados. Y ya iba á buscar una recomendación para entrar en San Bernardino, cuando un conocido me contó que en el *Boletín oficial* de Valencia se decía que el ayuntamiento de este pueblo adjudicaba un arrozal, que resultaba sin dueño, al vecino que fuese más viejo. ¡Alto aquí!.. Me meto en una galera, me apeo ahí cerca, en el camino real, tomo la vereda, llego al pueblo cansado, me siento un rato en la hierba..., este tonto me coge y me trae aquí. Lo celebro mucho: el arrozal es mío, venga para acá... ¡y tararira! Ya estoy contento.
- LUCAS. ¡Cómo es eso!.. ¡Poco á poco! El arrozal es de mi tío, que es el más viejo del pueblo... Tiene ochenta y cuatro años.
- RAIMUNDO. ¡Bah!.. ¡Es una criatura!
- LUCAS. ¡Ochenta y cuatro años, cinco meses y siete días!
- RAIMUNDO. ¡Una criatura!
- LUCAS. Y algunas horas.
- RAIMUNDO. ¡Te digo que es una criatura! — Yo tengo ciento dos años menos tres meses.
- AMBROSIO. ¡Es posible!
- LUCAS. ¡Ciento dos años!
- RAIMUNDO. Conque por mucho que tu tío corra, no me alcanza. Mi abuelo murió de ciento diez y siete años: mi padre de ciento trece; y yo soy buen hijo, y pienso imitar en todo á mi padre..., ¡tararira!
- LUCAS. ¡Ciento dos años! ¡El diantre de mi tío!.. ir á tirar hasta los ochenta y cuatro años para salir con que es una criatura! (Aparte.) ¡Ahora siento haberle preso!
- AMBROSIO. Y usted tendrá los documentos necesarios para acreditar su derecho: la fe de bautismo...
- RAIMUNDO. ¡No tengo tal: yo no llevo nunca papeles! Pero aquí estará todo. En buscándolo en los libros de la parroquia... Raimundo Hermenegildo Lamprea... nació el 1.º de septiembre de 1746. Al llegar al mundo me encontré con Felipe V; él salía cuando yo entraba.
- AMBROSIO. ¿Pero no sabe usted que los libros de la parroquia se quemaron?
- RAIMUNDO. ¿Qué me dice usted?
- LUCAS. Sí tal: el año 23.
- AMBROSIO. Se quemaron sin duda, porque todas las diligencias que se han hecho después para hallarlos han sido inútiles.
- RAIMUNDO. ¿Qué está usted ahí diciendo, hombre? ¡Qué se habían de quemar!

AMBROSIO. ¿No?

RAIMUNDO. ¡No, señor! ¡Si lo sabré yo! ¡Me parece que fué ayer!., cuando el año 23, al acercarse los franceses..., los cien mil nietos de San Luis..., estos bárbaros del pueblo salieron con las cintas blancas, hechos unos foragidos por esas calles! «¡El cura es un negro!.. ¡A quemarlo en la iglesia! ¡Viva la religión!» Y prendieron fuego á la sacristía. ¡Pobre cura! Luego le vi por esos mundos..., y me contó mil veces el lance. — Viendo que las llamas tomaban cuerpo, agarró los libros y los escondió.

AMBROSIO. ¿Dónde?

RAIMUNDO. ¡Calla!.. ¡Pues no me acuerdo!

AMBROSIO. ¡Hombre! ¡Qué desgracia!

LUCAS. ¡Que ha de ser desgracia! ¡Mejor para mi tío!

RAIMUNDO. Luego se descolgó por una ventana y se escapó.

AMBROSIO. Le haremos buscar, y que declare...

RAIMUNDO. ¡Qué ha de declarar!

AMBROSIO. ¿Por qué no?

RAIMUNDO. Porque ha muerto.

AMBROSIO. ¡Qué fatalidad!

RAIMUNDO. Murió al poco tiempo... Era viejo..., ¡y el susto!.. (Cavilando.) ¡Señor!, ¿dónde me dijo que había escondido los libros?..

AMBROSIO. ¡A ver, á ver!

RAIMUNDO. (De repente.) ¡Calle usted! ¡Ya creo que!.. Sí. En la iglesia..., encima del altar mayor, ¿no hay un cuadro de San Vicente Ferrer?

LUCAS. ¡Montado en el burro!

RAIMUNDO. ¡Tú lo has dicho! ¡Pues eso es!.. Mire usted: detrás del cuadro hay un nicho... y allí metió el cura los libros.

AMBROSIO. ¡Ah! Si sale cierto..., ¡qué servicio hace usted al pueblo!

LUCAS. ¡Y á mí! ¡Toma!.. ¡Pues lo mismo me da! El arrozal entonces me toca á mí heredarlo. Y en pareciendo los papeles...

RAIMUNDO. ¿Sí? ¡Pues no creas que tendré la menor pesadumbre! Buen provecho te haga..., tararira!

AMBROSIO. No se debe perder tiempo. Anda, avisa al señor cura que voy allá... Lleva unos mozos para desclavar el cuadro.

LUCAS. ¡Voy! (Aparte.) ¡Ah, buen viejo!.. Ahora me alegro de haberle preso.

### ESCENA VIII

D. AMBROSIO, D. RAIMUNDO

AMBROSIO. ¡Ah! Si parecen los libros..., ¡qué gloria para mí!

RAIMUNDO. ¿Para usted?

AMBROSIO. ¡Oh! También usted..., por haber ayudado, tendrá su recompensa. — Por el pronto quédese usted en mi casa.

RAIMUNDO. ¡Aquí!

AMBROSIO. Sí; aquí se alojará usted por ahora.... (Aparte.) Así no irá contando que ha sido él...

RAIMUNDO. Bien; corriente. ¡Muchas gracias! ¡Es usted un joven muy generoso!

### ESCENA IX

DICHOS, DOÑA BALTASARA

BALTASARA. (Aparte.) Eduardo me está paseando la calle.

AMBROSIO. ¡Ah! Baltasara, te presento un huésped recién llegado: D. Raimundo Lamprea. Viene á reclamar sus derechos al arrozal. ¡Tiene 102 años!

BALTASARA. ¡102 años!

RAIMUNDO. ¡Sí, señora! ¿Y qué tiene eso de particular?

BALTASARA. ¡Vaya!.. Debe ponerse en los periódicos... ¡Es una gloria para el pueblo!

AMBROSIO. ¡Dice bien!.. ¡Pues no me había ocurrido! Eso hará hablar de la salubridad de estos aires..., de la buena administración...

BALTASARA. ¡Cuánto habrá usted visto!.. ¿Hallará usted el mundo muy cambiado de como estaba cuando era usted joven?

RAIMUNDO. ¡Qué! ¡Nada de eso! El mundo.. en el fondo es siempre el mismo. ¿Ve usted lo que pasa ahora? Pues lo mismo pasaba en tiempo de Fernando VI, cuando yo era joven, y de Carlos III, y de..., lo mismo. Entonces había todo lo que hay ahora..., hasta sus motines corrientes... ¡Yo me acuerdo del de Esquilache!.. ¡Oh! ¡Aquél fué famoso! ¡Cómo gritábamos en la plazuela de Palacio!.. «¡Fuera Esquilache!» ¡Eh, eh, eh!.. El rey salió al balcón..., y ¡tararira! Cayó Esquilache. ¡Eh, eh, eh!.. ¡No, que no!

AMBROSIO. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!.. ¡Es un viejecito muy alegre!.., ¿no es verdad, hermana?

RAIMUNDO. ¡Calla! ¿Esta señora es hermana de usted?

AMBROSIO. Sí.

BALTASARA. Baltasara Carrizo, servidora de usted.

RAIMUNDO. ¡Cómo! ¿La hija del tío Carrizo el sastre?

BALTASARA. (Con prontitud.) ¡Comerciante de paños, señor mío!

RAIMUNDO. ¡Qué! ¡Sastre! ¡Vaya! ¡Pues si era mi sastre! Todavía me acuerdo de una vez que regañé con él por una chupa verde botella que me sacó corta. — El verde botella era el color de moda entonces. ¡Qué demonio!.. ¡Eh, eh, eh! ¿Conque usted es aquella Baltasarilla que venía á registrarme los bolsillos por ver si llevaba caramelos? ¡Vaya, vaya! ¡Pues no la hubiera conocido!.. ¡Cómo se ha desarrollado!

BALTASARA. ¡Algo!

RAIMUNDO. ¡Mucho! ¡Toma, ya lo creo!.. ¡Como que de eso ya va fecha! ¡Eh, eh, eh!.. Hará cosa de... A ver: ¿cuántos años tiene usted?

BALTASARA. Mi partida de bautismo desapareció, señor mío.

RAIMUNDO. ¡Es verdad! Como las demás... Pero, aguarde usted... Sí..., ya me acuerdo..., usted nació el año de la guerra de las naranjas.

BALTASARA. ¡Yo!

RAIMUNDO. Justamente. Ya tiene usted sus cuarenta...

BALTASARA. Mien... ¡Se equivoca usted, caballero!

RAIMUNDO. ¡No me equivoco, no! La guerra de las naranjas fué el año... ¡Ay! Tiene usted razón: me equivoco.

BALTASARA. ¡Vaya!

TOMO II